

Peregrinaciones y Santuarios, caminos de paz, espacios de misericordia

S. E. Mons. Gérard DEFOIS
 Arzobispo-obispo de Lille, Francia

El tema de este V Congreso Europeo de Peregrinaciones y Santuarios revela por sí solo esta época nuestra en busca de reconciliación y de perdón. Nadie puede ignorar la importancia de las luchas y de las incertidumbres de nuestros contemporáneos, pero aquello de lo que menos se habla es de la culpabilidad que mina las conciencias en momentos en que las referencias y los valores se dejan a merced de los conflictos de opinión. Pienso que una prueba de esto es la importancia que dan los media, en nuestras sociedades, a la policía y a la justicia, para hacer salir a la luz a los culpables y que confiesen las faltas, encerrar a los que se desvían y denunciar las infracciones. En nuestra época de búsqueda de lo que está “sin tacha”, ya se trate de productos o de niños, de instituciones o de comportamientos aparentes, parece que el fracaso y la culpa se dejan a un lado o incluso se banalizan en la opinión pública. El error y el fracaso son públicamente imperdonables. Esta es una manera de rechazar la salvación.

1. La peregrinación, por sí misma, nos pone en marcha para **tomar de nuevo el camino de la salvación**. Por eso, precisamente, nos saca del ambiente pesado de una época que cuenta más con el resultado y con la experiencia de lo concreto que con el corazón, con la acogida de una salvación que nos lleva en otro sentido. Por eso no tendrían que existir barreras para el perdón ni resistencias a la salvación. El hecho de dirigirse hacia el santuario aviva la esperanza de una realidad diferente a la de la vida corriente. Así, las gracias de la salvación que se ofrece, y de la redención gratuita, establecen las relaciones de comunión entre los cristianos. Se crea una sociedad diferente, en la que el enfermo, el discapacitado, el anciano y el que carece de cultura o de dinero recuperan una dignidad y una fraternidad, tanto en la mutua atención a las necesidades del otro, como en la comunión con el misterio celebrado. El hecho de reconocerse débil, o incluso pecador, en una fraternidad bautismal, de saber que se recibe el perdón y la acogida, todos juntos, permite superar las fronteras de los prejuicios de nuestras sociedades del poder y del éxito social. Nos hallamos reunidos en la marcha y en la contemplación, estableciendo relaciones de reconciliación y de caridad, según el Espíritu de Dios. Como dice el Papa Benedicto XVI, al subrayar el carácter social del sacramento de la Eucaristía: «La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos “un cuerpo”, aunados en una única existencia...el Dios encarnado nos atrae a todos hacia él»¹. Dondequiera que el mal parece imperdonable, la peregrinación abre el camino de una imprevisible esperanza.

¹ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 14.

2. El santuario es un espacio de misericordia. La cadena de oraciones que se perpetúa en él manifiesta esa esperanza de librarse del mal y hasta de recuperar la inocencia de la fe infantil. Muchos de los santos que veneramos en esos lugares privilegiados de oración fueron frágiles y débiles, niños o pecadores, y los conquistó el poder de Dios. La misericordia de Dios nos hace recuperar la inocencia y la disponibilidad al Espíritu, pues hace surgir en nosotros la confianza en ese rostro de bondad que nos espera. Y la parábola muestra cómo el Padre del hijo pródigo se preocupa por devolverle su aspecto y su lugar de hijo, por encima de sus errores.

El santuario es, por tanto, un lugar especial donde las violencias seculares y las venganzas habituales de los hombres se desactivan. En una sociedad secularizada, donde los reflejos primarios de vencer el mal con el mal, y el error con la represión y la exclusión, son corrientes, es importante manifestar el mensaje cristiano de la reconciliación para volver a un nuevo punto de partida. Así, pues, el santuario es un lugar de palabra y de diálogo, donde el evangelio debe “arder” mediante el perdón y los intentos de reconciliación. Esto, para atreverse a creer en la vida, mientras la existencia parece banalizada en la cultura del objeto y de la mercancía.

Lugar de memoria de la santidad de un cristiano, o del paso de Dios por esta tierra, el santuario es la manifestación de una nueva creación del hombre y de la sociedad. Los enfermos ocupan en él un puesto de honor; los más pobres culturalmente son escuchados con sus expresiones preferidas; los jóvenes descubren en él una fraternidad que ignoran en la vida corriente. Son, éstos, signos de una humanidad reconciliada que “experimentamos” en el tiempo y en el espacio de una peregrinación a un santuario. Los jóvenes, sorprendidos con frecuencia por la soledad y el número escaso de jóvenes cristianos, encuentran en el santuario la esperanza en Cristo y en la Iglesia. En ese sentido, el Papa Juan Pablo II había comprendido perfectamente la función social y espiritual de las concentraciones de jóvenes en los santuarios y en las grandes ciudades del mundo. A él le debemos muchas vocaciones y compromisos en nombre de la fe, porque, tanto el santuario, como los encuentros alrededor del Papa, despertaron generosidades adormecidas en la vida diaria de unas existencias secularizadas.

Es evidente, pues, que el sacramento de la reconciliación encuentre un espacio privilegiado en el santuario. Con demasiada frecuencia, los sacerdotes carecen de la suficiente disponibilidad para garantizar momentos regulares de confesión en las parroquias, y muchos cristianos han perdido la costumbre de esta práctica habitual del sacramento; por tanto, parece indispensable ofrecer a los “pecadores de paso” este “signo de la misericordia”, aprovechando la ocasión de una visita al santuario. Es preciso decir que el ambiente espiritual del santuario o de la peregrinación permite alejarse de las obligaciones morales que impone una cultura del consumo o del provecho; de esto se desprende una mejor escucha de la palabra de Dios y una disponibilidad para ponerse ante el Señor como guía y Padre de nuestras existencias.

3. Toda peregrinación es un regreso a las fuentes. De lo contrario, sería únicamente un turismo piadoso y un placer religioso. Dar a conocer la historia de un santuario, explicar las etapas sacramentales de una peregrinación bien preparada, es reconocer la raíz peculiar de la fe católica. Esto es importante, en una época en la que el

laicismo de nuestras sociedades tiende a colocar todas las religiones y las espiritualidades en un mismo plano, y con ello a ocultar el carácter específico de la tradición católica.

Si es cierto que las peregrinaciones y los monasterios hicieron a Europa, es porque después de las heridas provocadas por las invasiones y las guerras, y a pesar de los conflictos bárbaros y de las violencias de las luchas para conquistar el territorio, incluso las de origen religioso, las corrientes espirituales y los valores del Evangelio superaron las barreras y las fronteras. En este sentido, **la función social y política de los santuarios y de las peregrinaciones** para establecer relaciones de paz entre los hombres mediante el conocimiento recíproco de su historia, el descubrimiento de sus maneras de orar y la revelación interior de una misma confianza en Dios, es importante para crear vínculos de paz y de unidad en la comunión en Dios. Esto, a través del Espíritu de amor, fuente de paz y de unidad en este mundo tan desprovisto de comunicación profunda y de interioridad.

Peregrinaciones y Santuarios, caminos de paz, espacios de misericordia. Una convicción, un programa y una obra por realizar, para nuestras responsabilidades de cristianos en Europa.